

El que pierda su vida por mí, la salvará

Domingo XII del T. Ordinario. Ciclo C

Za 12,10-11; 13,1; Sal 62,2. 3-4. 5-6. 8-9; Gál 3,26-29; Lc 9,18-24

Un día, que Jesús estaba orando y sus discípulos estaban con Él, les preguntó: ¿Quién dice la gente que soy yo?... Pedro tomó la palabra y dijo: El Mesías de Dios.

Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, será desechado por los ancianos, los pontífices y escribas; lo matarán y, al tercer día, resucitará.

Y, dirigiéndose a todos, dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz cada día y sígame. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; y quien pierda su vida por mí, ese la salvará (Lc 9,18-24).

La primera lectura del libro del Profeta Zacarías (12,10-11; 13,1) expone que el pecado en su doble dimensión: contra Yahvé y contra sus ungidos, sus fieles, le atribula y lo traspasa: *"Ellos volverán sus ojos hacia mí, a quien traspasaron con la lanza"*, como lo había profetizado Isaías, 53,5: *"Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes"*.

La profecía de Zacarías tiene su pleno cumplimiento en Cristo Crucificado, con el corazón atravesado por la lanza y herido en sus manos y pies; y, por esas llagas, el Señor derramará sobre la dinastía de David un espíritu de consuelo y arrepentimiento, como lo confirma Pedro, en su 1ª carta 2,24: *"Sus llagas os han curado"*. La Carta a los Hebreos considera que el pecado es una crucifixión renovada: *"Crucifican otra vez al Hijo del Hombre en sí mismos"* (6,6). *"Aquel día manará una fuente para que en ella puedan lavar su pecado y su impureza"* (Zac 13,1). La fuerza de la gracia de Dios sólo la resiste la obcecación y la ceguera espiritual, si se arrepienten de su inmenso pecado, su misericordia infinita los perdonará. No tienen amor, no tienen virtud, carecen de mansedumbre; por eso les voy a infundir el fruto de mi Espíritu: *"Amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí"* (Gál 5,22).

Jesús da por nosotros hasta la última gota de su sangre. Lo hizo para liberarnos de la postración que nosotros mismos nos causamos. En la misa, como dice Zacarías, miramos y tenemos al que hemos traspasado.

El salmo responsorial invita a orar: *Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma esta sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. "Me saciaré como de enjundia y de manteca y mis labios te alabarán jubilosos"* (Sal 62).

La segunda lectura de la carta de San Pablo a los Gálatas explica: *Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús* (Gál 3,26-29).

La filiación de Dios y la fe en Jesucristo establece la igualdad, la dignidad humana y la fraternidad. Ya no existe la desigualdad, se impone el absoluto respeto a la dignidad y a los derechos humanos; queda abolida, no sólo la esclavitud, sino toda desigualdad social de los seres humanos. Todos somos radicalmente iguales; queda, pues, condenada toda discriminación por motivos de raza, de cultura, de sexo o de condición social. Quien está revestido de Cristo no puede hacer diferencias entre las personas. San Pablo afirma incluso que la esclavitud es contraria al Evangelio: *"A gran precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres"* (1Cor 7,22).

El sacrificio de Jesucristo, el Mesías Prometido restablece para los seres humanos el derecho a heredar la felicidad eterna en el Cielo, que habíamos perdido, y, para ello, nos proporciona todas las gracias. El Apóstol describe (Gal 3,26-29) en qué consiste la salvación: los bautizados somos revestidos de Cristo, hechos hijos de Dios y herederos de la

promesa de Dios: la felicidad eterna. Y la salvación es para todos: judíos y no judíos, hombres y mujeres, esclavos y libres. Si bien hay una Voluntad de Dios general o absoluta: Dios quiere que todos los seres humanos se salven (cf. 1 Tim 2, 4), hay también una condición: que aquí en la tierra busquemos y hagamos la Voluntad de Dios, que exige evitar el pecado y arrepentirnos y confesarlo en el Sacramento de la Confesión si lo cometemos, hasta amar a Dios sobre todas las cosas y buscar en todo su Voluntad.

El Evangelio exige un cambio substancial en las relaciones sociales: el esclavo se hace libre en Cristo y el libre se hace esclavo también en Cristo, los dos se han hecho una misma cosa en Cristo. Deben, por tanto, sentirse hermanos y comportarse mutuamente como tales. Jesucristo ha hecho libre al hombre para que sea libre (Gal 5,1). La libertad no se puede hipotecar por nada de este mundo; nadie puede convertirse en esclavo por intereses humanos, porque esa esclavitud es el polo opuesto a la esclavitud cristiana, predicada por Jesucristo y hecha por amor y como servicio a los demás.

EL santo Evangelio de San Lucas (9,11-17) cuenta que Jesús quiso saber lo que pensaba de él la gente, lo que decían de su identidad y lo que opinaban sus discípulos. Para la gente era el Maestro, un profeta y para Pedro, en nombre de todos, el Mesías, que significa "Ungido"; pero el significado de la palabra "Mesías" es mucho más profundo; desde los primeros libros de la Sagrada Escritura el Pueblo de Dios espera al Mesías prometido, promesa que Dios va renovando y recordando a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Los judíos estaban pendientes del Mesías, era la esperanza del pueblo; sería el conquistador de todos los pueblos que les habían dominado, y el vengador de todas las injusticias y expolios que habían soportado, aunque marcado de un espíritu religioso. Así pensaban los esenios de Qumram y aún los discípulos. El Evangelio por boca de Pedro, inspirado directamente por el Espíritu Santo, afirma que Jesucristo es el Mesías, pero no Aquél a quien todo el pueblo de Israel estaba esperando durante siglos.

La mesianidad consiste en cumplir en todo su Voluntad de Dios, igual que el Mesías. También, en lo social y político, ha existido el mesianismo. El marxismo lo fue, tras el paraíso del proletariado, vencedor del capital. Así mismo, lo fue el nazismo, eliminando las razas consideradas inferiores, en busca de la super-raza. Para el nazismo, Hitler era el mesías, como lo es Castro para muchos. Ya lo dijo el Papa: Los nacionalismos exasperados son la idolatría actual.

Jesucristo indica que la profecía de Zacarías se refiere a Él: *"Es necesario que el Hijo de hombre sufra mucho...que sea entregado a la muerte y que resucite al tercer día"*. En la misa miramos al que fue traspasado por nosotros y participamos en el misterio del sufrimiento, muerte y resurrección". El Papa Juan Pablo II en la Plaza San Pedro (11-Junio-1998) dijo sobre el Misterio de la Redención: "La Pasión y muerte de Jesús es un inefable misterio de Amor, en el que están presentes las Tres Divinas Personas: El Padre tiene la iniciativa absoluta y gratuita; es el primero en amar y, entregando al Hijo en nuestras manos homicidas, expone su bien más querido ... El Hijo comparte plenamente el Amor del Padre y su Proyecto de Salvación ... Y el Espíritu Santo actúa de manera especial en esta auto-donación absoluta del Hijo para transformar el sufrimiento en amor redentor".

Dios prometió el Mesías, porque había diseñado un plan maravilloso al colocar a la primera pareja humana en un sitio y un estado ideal de felicidad: el Paraíso Terrenal o Jardín del Edén, pero nuestros primeros progenitores se rebelaron contra Dios, su Creador, y perdieron ellos y nosotros la inicial condición de felicidad perfecta en que Dios los había colocado, no sufrían, ni enfermaban, ni morían; además, gozaban de una tendencia natural a hacer el bien, un mejor conocimiento de Dios del actual y una relación de mayor intimidad con El. Y Dios, que nos creó para que pudiéramos disfrutar para siempre de su Amor Infinito, no quiso abandonarnos, ni dejarnos en desgracia, sino que preparó y diseñó un Plan de Rescate para la humanidad. Los seres humanos habíamos quedado sometidos a la esclavitud del Demonio, por haber aceptado Adán y Eva la proposición que les hizo en contra de Dios. Quedamos caídos y Dios decidió salvarnos; así Dios viene a hacer por nosotros lo que no podíamos hacer por nosotros mismos: rescatarnos. Es cuando nos promete un Salvador. (cf. Gn. 3,15).

Por eso, el Pueblo de Dios esperaba al Mesías, al que vendría a salvarlos. Y en esa espera llega el momento del rescate de la humanidad y Dios se hace Hombre, se hace igual que nosotros: se baja de su condición divina -sin perderla- y toma nuestra naturaleza humana. Sucede, entonces, el misterio más grande del Amor de Dios, el más grande

milagro jamás realizado: Dios se hace Hombre para salvarnos. Dios viene El mismo a rescatarnos de la situación en la que nos encontrábamos. El Papa Juan Pablo II en la Plaza San Pedro (11-Junio-1998) dijo sobre el Misterio de la Redención: "La Pasión y muerte de Jesús es un inefable misterio de Amor, en el que están presentes las Tres Divinas Personas: El Padre tiene la iniciativa absoluta y gratuita; es el primero en amar y, entregando al Hijo en nuestras manos homicidas, expone su bien más querido ... El Hijo comparte plenamente el Amor del Padre y su Proyecto de Salvación ... Y el Espíritu Santo actúa de manera especial en esta auto-donación absoluta del Hijo para transformar el sufrimiento en amor redentor".

El Plan de Redención se inicia con el humilde "fiat" de la Santísima Virgen María, al aceptar ser Madre del Hijo de Dios, del Mesías, la espera milenaria por el Mesías, Salvador, va llegando a su fin, de ahí que la respuesta de Pedro en el Evangelio de hoy, reconociendo a Jesús como el Mesías, se presenta tan significativa y crucial. Sin embargo, tras ello, venía la sorpresa de la terrible noticia: El "Mesías", es decir, Jesús debía sufrir mucho, debía ser rechazado, condenado a muerte, morir ... y luego resucitar. Pero se ve, por los textos de la Resurrección, que los discípulos no captaron el anuncio de la resurrección, de modo que se sorprenden y no reconocen al Resucitado. Y es que, aunque ya los Profetas habían anunciado un Mesías Sufriente que purificaría al Pueblo de Dios de sus pecados, el Pueblo de Israel esperaba un Mesías Triunfante. El Profeta Isaías, (cf. Is 53) describe con elocuencia los sufrimientos del Mesías en el Siervo, pero no se daban cuenta de que el triunfo mesiánico pasaba por la Cruz y luego venía la Resurrección.

También nosotros nos preguntamos quién es Jesús. Los teólogos de todos los tiempos han inquirido la identidad de Jesús; pero, llegar a su conocimiento más pleno requiere toda una vida de contemplación de esa maravilla de amor que el Padre nos da por pura gracia. *"Hay mucho, dice San Juan de la Cruz, que ahondar en Cristo, porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van hallando en cada seno nuevas venas de riquezas acá y allá"*. Para ir conociendo a Cristo, es preciso asociarse a su cruz, llevarla con paz cada día y seguir su ruta con abnegación. El seguimiento es causa de conocimiento, y el conocimiento, conduce a seguirlo con mayor fidelidad, aun en medio de la noche del sufrimiento y a través de la muerte. Porque el conocimiento engendra amor. El amor que el Maestro proclama: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz cada día y sígame*.

"Cargar la cruz", es escuchar su palabra, imitar a Jesús y seguir su ejemplo: perdonar siempre, amar sin límites, vivir el misterio de Dios, Padre y seguir sus pasos de misericordia, aunque signifique la muerte, "el que quiera salvar su vida la perderá"; es vivir en este mundo de envidias y rencores, de competición y violencia, para, incendiándolo de amor, cambiarlo. Es aceptarse uno a sí mismo, con sus defectos y limitaciones. La sabiduría reside en entrar por la puerta que es la cruz, aunque es angosta; es inmolar al hombre viejo, para revestidos de Cristo, recibir al hombre nuevo del amor constante a Dios y al prójimo.

Camilo Valverde Mudarra